

escarmiento, que de ahí en adelante no se atrevieron á entrar en la plaza los méxica, áun cuando descubrieran un sólo jinete. Retrajéronse los castellanos al real sin más pérdida de consideracion que una yegua flechada por los indios: los bergantines y las canoas hicieron gran estrago en la ciudad. (1)

Aquel mismo dia Juan Rodríguez Bejarano se apoderó en una casa de una mujer de buen parecer, la cual resultó ser de calidad, y que llevada á Cortés, presente Marina, mediante promesas y dadas, informó: que habían estado en intencion de rendirse, mas mudaron luego de opinion; Cuauhtemoc y sus amigos estaban determinados de morir, aunque la demas gente peleaba contra su voluntad; había discordia entre ellos y les faltaba comida y municion; habían levantado casas de madera en el agua para guarecerse, que les apretasen de dia y de noche con el hierro y el fuego y se rendirían. (2) Conjeturamos que la intérprete aumentó algo de propio caudal.

Por este tiempo Ixtlilxochitl, durante uno de los combates, cautivó á su hermano y rey Coanacohtzin, le entregó á Cortés y éste le mandó poner en el real con grillos y guardas: semejante pérdida fué muy sentida por Cuauhtemoc, tanto más, cuanto que los aculhua que había en la ciudad se pasaron al campo español, en seguimiento de su monarca. (3)

Aquella noche, bien cogidos por los centinelas, ó presentados de su voluntad, estuvieron dos hombres de poco valer en el real, quienes informaron que la gente de la ciudad se moría de hambre; durante la oscuridad salían los infelices á pescar por entre las casas y á buscar leña, raíces y yerbas para comer. Cortés determinó entrar muy temprano á sorprenderlos; (4) ántes del alba mandó los bergantines y las canoas, envió algunos espías, y él con doce ó quince caballos, algunos peones y amigos salió bien temprano dirigiéndose al lugar designado. Hecha señal por los espías, cayeron sobre los malaventurados; eran gentes miserables de las que salían á buscar de comer, en su mayor parte mujeres y niños y los hombres desarraigados, no obstante lo cual entre presos y muertos pasaron de ocho-

(2) Cartas de Relac. pág. 282—84.

(3) Herrera, déc. III, lib. II, cap. II.—Torquemada, lib. IV, cap. XCVIII.

(1) Ixtlilxochitl, relac. XIII, pág. 42—43.

(4) Mártes veinte y tres de Julio.

cientas personas: los bergantines y canoas por su parte hicieron igualmente gran estrago, cogiendo y matando gente, quebrando las canoas de los que andaban pescando. Los méxica no osaron salir á combatir, “y así nos volvimos á nuestro real con harta presa, y “manjar para nuestros amigos.” (1)

Parte porque los méxica conocidamente iban de vencida, parte porque los pueblos les tenían aborrecimiento, “era tanta la multitud que de cada dia venían (al real español), que no tenían cuenta.” Muy de mañana se hizo entrada en la ciudad. (2) Acabóse de ganar la calle de Tlacopan, arrasando los edificios y adobando los malos pasos: de esta manera se logró comunicar libre y directamente con el real de Alvarado. En seguida se dirigió el ataque sobre la calle recta que iba al *tianquiztli* de Tlatelolco, en la cual estaba el palacio de Cuauhtemoc: (3) el palacio era grande, fuerte y cercado de agua, y aunque los tenochca le defendieron con empeño, fueron desalojados de ahí, quedando el edificio quemado y destruido. Dos puentes más fueron ganadas, siempre en direccion del Tlatelolco, de manera que segun el sentir de Cortés, quedaban destruidas las tres cuartas partes de la ciudad, “y los indios no hacían sino retraerse hacia lo más fuerte, que era á las casas, que estaban más metidas en el agua.” (4) En efecto, los méxica iban construyendo fuera de la isla, en la parte somera de la laguna, casas de madera, fuera de las antiguas que existían, sostenidas sobre puntales.

Dia del apóstol Santiago (5) se ganó una ancha calle de agua, (6)

(1) Cartas de Relac. pág. 284—85.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. II.—Torquemada, lib. IV, cap. XCVII.

(2) Miércoles veinte y cuatro de Julio.

(3) Segun los mejores datos consultados, esta calle debía corresponder á las actuales de primera y segunda del Factor, Leon, San Lorenzo &c. en direccion de Sur á Norte. Esta calle del Factor se llamó primero de Guatemuz, lo que nos hace admitir, corroborado por la relacion de Cortés, que aquí se encontraban “las casas del señor de la ciudad que se decía Guatimucin.”

(4) Cartas de Relac. pág. 285—86.—Herrera, déc. III, lib. II, cap. II.—Torquemada, lib. IV, cap. XCVIII.

(5) Cayó aquel año en juéves veinte y cinco de Julio. Esta fiesta, señalada por Cortés, sirvió para determinar fijamente algunas fechas anteriores y posteriores.

(6) Segun toda probabilidad, era el ancho canal que primitivamente servía de término á las dos ciudades de Tenochtitlan y Tlatelolco. Corría la gran acequia por las calles actuales de O. á E. de Cerca de San Lorenzo, Espalda de la Misericordia, Puerta falsa de Santo Domingo, Pulquería de Celaya, Apartado y plazuela del Carmen.

defendida con brío por los indios, no pudiendo pasar de ahí porque había mucha obra que hacer para dejar listo el paso. Ya en aquella sazón los peones españoles peleaban con picas, que surtían buen efecto, mandadas adoptar después del pasado desbarato. "Los de la ciudad como veían tanto estrago, por esforzarse decían á nuestros amigos, que no ficiesen sino quemar y destruir, que ellos se las tornarían á hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabían que había de ser así, y si no, que las habían de hacer para nosotros: y de esto postrero plugo á Dios que saliesen verdaderos, aunque ellos son los que las tornan á hacer." (1)

En la siguiente entrada, (2) llegados al canal combatido el día anterior, le encontraron en el mismo estado que lo dejaron; pasaron adelante ganando otras dos puentes, hasta una torre pequeña en que se encontraron algunas cabezas de los cristianos que habían sido sacrificados: derecho aquella calle conducía al real de Sandoval. Pelearon los mexica toda la jornada, retirándose los castellanos á sus cuarteles al acercarse la noche. (3)

Al estarse aderezando Cortés para volver á la ciudad, (4) hacia las nueve de la mañana, vió salir humo del teocalli de Tlatelolco; pensó sería sahumero de algún sacrificio, aunque advirtiéndolo ser demasiado, conjeturó que Pedro de Alvarado estaba ahí. En efecto, aquel capitán estaba ya en el templo mayor, cosa que para sí habían codiciado las tropas del general. Siguiendo al pie de la letra las órdenes que había recibido, Alvarado fué ganando el cuadrante N. O. de la ciudad, arrasando los edificios, rellenando las acequias, dejando plano el terreno; los tenochca le combatían porfiadamente, no obstante lo cual proseguían su obra de devastación. Aquel día, ganadas las últimas acequias, se puso en frente del teocalli, defendido por un buen número de bravos guerreros y determinados sacerdotes resueltos á defender el santuario: la capitana de Gutierre de Badajoz intentó el asalto, mas fué rechazada; viniendo en su auxilio las otras dos compañías, subieron con trabajo las gradas, tre-

(1) Cartas de Relac. pág. 286.—No es exacto lo que Cortés asienta á lo último de su frase, y cumpliéndose el pronóstico azteca. Bien pocos tenochca sobrevivieron para reconstruir la ciudad; quienes la repararon fueron los aliados y amigos.

(2) Viernes veinte y seis de Julio.

(3) Cartas de Relac. pág. 287.

(4) Sábado veinte y siete de Julio.

paron el atrio superior limpiándole de guerreros y pusieron fuego á las capillas de madera, dedicada la una á Huitzilopochtli. Aquel vencimiento no fué tan sin costa, pues los castellanos quedaron casi todos heridos, durando obstinadamente la batalla, en la pirámide y en sus alrededores, hasta cerrada la noche. (1) Cortés con los suyos se ocupó en cegar las acequias, retirándose á su campo después, no sin que le cargaran briosamente los indios. (2)

Al volver al día siguiente (3) á la ciudad, Cortés llegó á la última travesía de agua que le separaba del mercado; defendieronle los tenochca, mas habiéndose arrojado al agua el alférez con algunos castellanos, aquellos desampararon el paso, comenzándose luego á cegar y aderezar el canal. En esta sazón llegó Pedro de Alvarado con cuatro jinetes, siendo grande el gozo que mutuamente recibieron, así de verse ya reunidos, como de estar á punto de terminar su empresa. Allanado el paso, quedándose en él la hueste, Cortés con algunos de á caballo se dirigió al *tianquiztli*. Aquel mercado, de mucha mayor extensión que después lo fuera, era el más rico de Anáhuac; venían gentes á tratar de todos los reinos comarcanos y aun de lugares distantes como Cuauhtemallan y Xalisco. (4) El general penetró al interior, y aunque las azoteas de los portales que rodeaban el lugar estaban llenos de gente, no sabemos por cual causa permanecieron sin hacer movimiento; salióse de ahí, subiéndose en seguida al teocalli que estaba junto: vió también algunas cabezas de los cristianos sacrificados, (5) con no pocas de los aborrecidos aliados. Desde aquella altura descubrió el pequeño rincón á que los enemigos quedaban reducidos, calculando en siete octavas partes las destruidas de la ciudad. (6)

Al siguiente día (7) los jinetes pretendieron entrar de nuevo en

(1) Bernal Díaz, cap. CLV.

(2) Cartas de Relación, pág. 287—88.

(3) Domingo veintiocho de Julio.

(4) P. Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.

(5) Los sangrientos despojos encontrados aquí y en otros lugares, fueron después enterrados en la capilla de los Mártires. Bernal Díaz, cap. CLV.—Esta capilla ó iglesia de los Mártires existió en donde ahora San Hipólito.

(6) Cartas de Relac. pág. 288—89.

(7) Después de la jornada anterior, Cortés calla en sus relaciones lo acaecido hasta la construcción del trabuco, perdiéndose la cuenta de los días hasta más adelante. Sahagun y Torquemada suministran algunos pormenores para llenar esta laguna, y bajo su autoridad decimos que este día fué lunes veintinueve de Julio.

el mercado; mas los soldados viejos apostados al intento, les defendieron la entrada; siguióse un ríco combate, cuyo resultado fué que los guerreros perdieran el sitio, huyendo con los tratantes á recogerse en las plazas y tiendas que rodeaban la plaza, desde donde peleaban valientemente. En medio de ella había un gran teocalli dedicado á Huitzilopochtli, con un muy alto chapitel labrado primorosamente de paja, llamado *tezacatl*; los vencedores le pusieron fuego, levantándose una gran llama que parecía llegar al cielo. "Al espectáculo de esta quema, todos los hombres y mujeres que se habían acogido á las tiendas que cercaban todo el tianguetz, comenzaron á llorar á voz en grito, que fué cosa de espanto oírlos, porque quemado aquel delubro satánico, luego entendieron que habían de ser del todo destruidos y robados. Pelearon gran parte del día en el tianguetz, porque los indios se habían hecho fuertes en las casas de las tiendas, y en las casas reales donde estaba gran copia de principales que peleaban valientemente. Finalmente, se hinchó todo el tianguetz de los indios amigos, é hicieron gran matanza en los mexicanos y tlalilulcanos, los cuales comenzaron á huir por las calles que van hacia el rincón donde estaban fortificados." (1)

Otro día (2) entraron los castellanos en el tianguetz por el patio del teocalli, llamado Acatliyacapa, poniendo á sacomano las tiendas; como lo vieron los soldados viejos acudieron á la defensa, trayendo por capitán al veterano Axoquentzin, de la categoría de los guerreros *cuachic*; su empuje fué poderoso é hicieron huir á los saqueadores, aunque con pérdida de Axoquentzin, quien de un flechazo en el pecho cayó sin bullir pié ni mano. Otros castellanos acudieron por el barrio de Zacoalco, (3) trayendo en su compañía á los guerreros tlaxcalteca, llamados *Nauhteculli*; los méxica pretendieron poner á éstos una celada, mas unos españoles que se habían subido á las azoteas de las tiendas gritaron: "Mirad tlaxcaltecas, que vuestros enemigos están aquí en celada," por lo cual, viéndose descubiertos se pusieron á huir. Trabóse entonces un reñido combate, y como no dividía á tenochca y á tlaxcalteca mas de una zanja, del

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIX.

(2) Mártes treinta de Julio?

(3) Donde hoy está la iglesia de Santa Ana.

uno al otro lado se tiraban piedras, dardos y saetas, que era cosa espantosa. (1)

Ganados el teocalli y mercado de Tlatelolco, Cortés determinó que las capitánías de Alvarado se estableciesen en aquellos lugares, suspendiéndose las hostilidades por tres días, (2) á fin de entablar negociaciones de paz. En efecto, mandáronse emisarios á Cuauhtemoc, proponiéndole se entregase por bien, con ofrecimiento que su persona sería respetada y honrada, continuando en el mando de todas las provincias como ántes estaba; otras promesas se le hacían, acompañadas de algunas vituallas en son de regalo. El rey contestó, respondería dentro de tres días y entónces concertarían las paces entre él y el Malinche; el dicho no era de buena fé, sino una estratagema á fin de ganar tiempo para construir armas y levantar nuevas fortificaciones. Cuatro principales méxica trajeron el mensaje, los cuales fueron recibidos amigablemente, despidiéndoseles con nuevo regalo de víveres. Tornaron otros dos mensajeros de parte del rey, trayendo dos mantas finas, y asegurando que su señor vendría al tiempo determinado; mas á pesar de tantas promesas, la última resolución se redujo á decir, que en manera alguna se rendirían, pues mientras un solo hombre quedase, moriría peleando, y que nada tendrían los blancos de sus haciendas, porque cuanto tenían habían de quemar ó arrojar al agua en donde nunca pareciese. (3) Terminados los tres días, los tenochca atacaron simultáneamente los campos de Cortés, Alvarado y Sandoval, hiriendo algunos hombres por haberlos cogido descuidados; mas fueron desbaratados, retirándose á la parte en donde estaban recogidos. Otros cuatro ó cinco días se pasaron en nuevas tentativas de paz, sin hacer cosa de gran importancia. (4)

Todos los habitantes de la ciudad estaban entónces reducidos al barrio de Tenantitech, ó Tetenamitl, es decir, en el cuadrante N. E. hacia donde ahora el actual Tepito; el recinto estaba defendido por fosos y trincheras, consistiendo la mayor fortaleza en las casas de madera construidas en la laguna, ya que los peones no podían

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXVII.—Torquemada, lib. IV, cap. XCIX.

(2) Del miércoles treinta y uno de Julio al viernes dos de Agosto? inclusives.

(3) Cartas de Relac. pág. 289.

(4) Bernal diaz, cap. CLV.—Admitiendo únicamente cuatro días, serían los trascurridos del Sábado tres al mártres seis de Agosto? ambos inclusives.

llegar á ellas, ni tampoco podían acercarse los bergantines y las canoas por el poco fondo de las aguas. En aquel reducido espacio estaban hacinados guerreros, ancianos, mujeres y niños, expuestos á la intemperie durante una estacion de fuertes lluvias é intensos calores. Carecían de agua dulce para beber, sino era la poca que juntaban cuando la daba el cielo, la demas era salobre y áun hedionda. Nada tenían ya que comer, agotados los granos, lo que podían pescar en el agua, los ratones y sabandijas, las plantas, las hojas y cortezas de los árboles, las raíces mismas; la única esperanza era tomar prisioneros en la guerra para devorar las carnes. Aunque con la triste costumbre de comer la carne de ciertas partes de la víctima inmolada, consta evidentemente que no se devoraron entre sí, ni tocaron en lo más mínimo el cuerpo de los suyos; por el derecho de paternidad que consentía poder disponer de los hijos, por lo grave de la situacion, por no dejarlos indefensos á la esclavitud y á la muerte, no quedó un sólo niño, porque sus propios padres y madres los comieron. Ni tiempo había ni lugar en donde sepultar los muertos; los cadáveres quedaban amontonados en las calles, hacinados dentro de las casas, descomponiéndose é inficionando el aire: los heridos y enfermos perecían lejos del hogar doméstico, sin auxilios ni consuelo, y donde espiraba quedaba tendido. A la guerra y á la hambre vino á hacer compañía su hermana la peste; se moría por mano del enemigo, por falta de pábulo á la vida, por el contagio, y sin embargo, aquel pueblo indómito desdeñaba la paz y prefería perecer. (1)

Aquellos dias de aparente calma se pasaron en disponer un ingenio para destruir á los sitiados. Faltaba ya la pólvora, y un soldado apellidado Sotelo, que había estado en las guerras de Italia con el Gran Capitan, propuso al general hacer un trabuco con el cual desde lejos se derrocaran los edificios en que estaban recogidos los tenochca. Debía ser semejante á una catapulta ó una balista, máquinas de guerra destinadas á arrojar grandes piedras ú otros cuerpos graves en las plazas, produciendo efectos parecidos á los del bombardeo moderno. Aceptando el intento como útil, hablóse de ello como unos quince dias, poniendo á disposicion del ingeniero vigas, sogas y clavazon, al mismo tiempo que se acopiaban grandes

(1) Sahagun, lib. XII, cap. XXXIX.—Cartas de Relac. pág. 291. &c. &c. &c.

piedras de arrobas de peso. El trabuco fué armado sobre el *Mumuztli* del mercado, construccion de cal y canto en medio de la plaza, de dos y medio estados de altura y treinta pasos de esquina á esquina. Mientras la construccion duraba, impuestos los aliados de la mortífera condicion de la máquina, daban con ella cocos á los tenochca, prometiéndoles para dentro de poco una muerte segura. Llegado el dia de la prueba, puesto el proyectil, fué disparado el trabuco, más en vez de ir á caer á su destino, la piedra subió por los aires derribándose sobre el lugar que sustentaba la máquina. De ver que el intento no servía de nada quedaron los españoles despechados y descontentos; quedó mortificado el general y enojóse con el Sotelo; los aliados debieron reír del chasco, y quedar aliviados de pena los tenochca: D. Hernando mandó desbaratar la máquina, sin volverse á ocupar en el armadizo. “Y la falta y defecto del trabuco “disimulámosla, con que movidos de compasion, no los queríamos “acabar de matar.” (1)

Al siguiente dia (2) D. Hernando penetró con su hueste en la ciudad, encontrando por las calles mujeres, niños y gente miserable que pálidos y flacos saltan á buscar de comer: compadecido el general mandó no se les hiciese daño. Los guerreros en tanto estaban sobre las azoteas, cubiertos de sus mantas y desarmados, como si ya desesperados sólo pretendiesen morir. Requirióseles por escribanos y testigos se diesen de paz; mas esto salió tan falso como lo primero. Cortés dió orden á Pedro de Alvarado para entrar por una parte en que había algunas casas enhiestas, mientras él con su hueste, á pié porque los caballos no podían aprovechar, penetraba por lado distinto: empeñóse un combate desesperado en que los tenochca se metían por las armas contrarias, buscando la muerte más que hacer daño; desmayados y sin fuerzas por el hambre, sostenían todavía en la mano las matadoras armas. Ganóseles aquel barrio, “y fué tan grande la mortandad que se hizo en nuestros enemigos, “que muertos y presos pasaron de dos mil ánimas, con los cuales “usaban de tanta crueldad nuestros amigos, que por ninguna vía á

(1) Cartas de Relac. pág. 290.—Bernal Díaz cap. CLV.—Sahagun, lib. XII, cap. XXXIX.—De la relacion de Cortés inferimos que la prueba del trabuco tuvo lugar próximamente el martes seis de Agosto? De aquí adelante la cronología del sitio vuelve á ser clara, pues estriba en el dia de la rendicion de la ciudad.

(2) Miércoles siete de Agosto.